El fundador de la Escuela de la Sabiduría de Darmstadt disfrutando de los encantos de la vida al aire libre durante su permanencia en Formentor

KEYSERLING EN FORMENTOR

POR RAMON GOMEZ DE LA SERNA

LOS acontecimientos políticos de España eclipsaron la semana de la sabiduría que tuvo lugar en la península isleña que se llama Formentor, allí donde un poeta argentino, Adán Diehl, ha situado el mejor nido de ilusiones del mundo.

Apenas se ha comentado esa nueva experiencia del filósofo vital saliendo a la playa mediterránea y perorando entre las peñas.

Por primera vez ha salido Keyserling de la confinación de su ciudad de la sabiduría, de Darmstadt, para llevar a la plena naturaleza su plenitud de creador filósofo.

Al hacer el resumen de aquellos días en medio de la vulgar vida de después, veo dotada de más importancia la actitud de misionero de nuevos soles con que se presentó ante siete discípulos el hombre excepcional.

Señaló en los horizontes vivos lo que señalando con el índice en las cátedras cerradas no inculcaba huella tan viva en el reciente del día, en su plasma novicreacional.

Su pensamiento hablado frente al volcán latente que es el monte saliendo del mar, dejaba atrás sus libros y se impregnaba de yodadas fotoesferas.

A las once de la mañana y a las cuatro de la tarde nos sentábamos todos — Segarra, Plá, señorita Llorach, Esterlich, Soldevila y yo — en la pequeña torrentera bajo los pinos y oíamos al maestro.

Los apuntes no dicen nada de cómo se quedaban flotando en el aire luminoso los conceptos inesperados.

Como un facsímil del planetario de verdades que dejó trazado en aquel cielo el célebre conde, voy a recordar antes que se puedan envaguecer en mi memoria, alguno de los conceptos y frases que quedan espaciados en mi memoria.

Había estado solo recostado sobre los musgos de la orilla y se había replanteando el mundo según el módulo del nuevo día. A nadie ni a sí mismo había dicho sus secretos hasta llegar nosotros.

A sus grandes concepciones de fe en la vida añadía siempre alguna anécdota.

—Aquel emperador del Japón estaba tan mal vestido porque el ritual sagrado prohibía que le tomasen las medidas de cerca, teniéndole que medir desde muy lejos con un instrumento astronómico.

—Haré con ese enemigo lo que Inglaterra hizo con aquella pequeña nación que le declaró la guerra, borrarla del mapa.

—En mi casa yo tenía un halcón favorito y los osos blancos jugaban en mi jardín.

—A través de mis viajes he preguntado de pronto en las mejores reuniones de caballeros solemnes: "¿Ha comido usted carne humana?" Y he encontrado cuatro personas que seriamente me confesaron haberla comido.

—Yo prohibo la cita, pero autorizo el plagio.

—Aquel faro tan chiquitito es como un faro para langostas.

—Sócrates era un ruso... No hay más que recordar su cara... Era una especie de Tolstoy.

—Una vez, durante una travesía a Nueva York, me senté a comer en la mesa de Josefina Baker... La negra se echó a llorar. ¡Y con qué llanto! ¡Sólo el Niágara puede llorar como los negros!... El rasgo de comer un filósofo con una negra frente a los demás blancos le parecía algo inaudito y conmovedor... Para pagarme aquel rasgo me envió el más importante reloj de oro de Nueva York... Enorme, con cuerda para trescientos sesenta y cinco días...

—El símbolo más extraordinario que he visto ha sido el de la serpiente con plumas de Méjico... Es el deseo de ideal representado por ese ser que se arrastra por tierra y que plumado aspira a volar, a subir al cielo.

—Qué bella palabra la palabra española "desprendimiento"... y también la de "destierro"...

—Los sudamericanos nunca hubieran descubierto América... Se hubieran quedado en su punto de origen tranquilamente.

Al irnos hacia el hotel me acercaba al grande hombre lleno de simpatía y alegre como un dios de la buena vida, y siempre en esa conversación última me hablaba de América, porque sabía que yo estaba en vísperas de ir a Buenos Aires.

—Verá, verá Vd. — me decía con optimismo—. Aquel es un fenómeno nunca visto... No se puede Vd. imaginar lo que aquello es... Yo que no vuelvo a ningún sitio, será allí al único sitio a que vuelva... Estoy planeando un libro que se titulará "El mundo en el tercer día de la creación", y que será la obra más importante de mi vida... Aquello no es primitivo sino primario en el sentido más puro y mágico de la palabra. Todo lo visto por mí en el mundo, desde Pekín a Nueva York, cobró un nuevo sentido en América del Sur y me revelaron las cosas su secreto telúrico, lo que ocultan bajo sus hipócritas apariencias... Nunca hubiera dado su verdadero sentido al mundo si no hubiera estado allí...

La larga escalinata que sube al hotel del poeta fué en cada escalón parada de una frase en honor de América del Sur. Se veía que al hombre que no se le escapa ningún concepto y que en todos pone la garra del genio del lenguaje justo, le era difícil apresar el concepto sudamericano.

Yo veía el cráter abierto de vitalidades en que reposan esas grandes ciudades y veía días macerados en una luz auroral como si, según el maestro, saliese de los suelos una emanación de auroras.

Al llegar al alto estrado de la rampa escalonada nos volvíamos hacia el mar y mirábamos instintivamente hacia un sur lejano en que la planta del ser siente la blanda adolescencia del porvenir.

LA PERSONALIDAD IMPREVISTA DE NINON VALLIN

Una curiosa fotografía de Ninon Vallin, en que la gran artista aparece hecha una perfecta "ménagère", como un anticipo de lo que, según sus declaraciones, será su vida cuando abandone la escena lírica

EN la abulia de la media tarde, en medio del vasto teatro en reposo, encontré a Ninon Vallin en su camarín del Colón. En el mismo camarín que, en otros años y algunas de ellas varias veces, visité a otras grandes, aplaudidas, mundialmente célebres figuras de la escena lírica. En este camarín una noche, después de su éxito formidable de "Norma", Claudia Muzio tomaba "champagne"—y no he podido explicarme cómo una "diva", que tanto se cuidan todas, no tenía miedo de perjudicar el privilegio de su voz, después del gran esfuerzo, tremante todavía de la vibración de los aplausos—entre el grupo de amigos ditirámbicos que elevaban a las nubes su panegírico. En este mismo camarín, más de una vez, Gabriela Besanzoni rubricaba su cálido físico con la negra patilla de "Carmen". En este mismo camarín he visto a Anna Pavlova, en la época de su flexibilidad portentosa y en los últimos años, de vida ya más apagada. Pero siempre las había visto de noche, en el ajetreo febriciente de la función, en la rueda fugaz del entreacto, con el escenario lleno de luces y los comparsas mezclándose entre los visitantes, desvaídos, como rayas de lápices de colores. Todo es brillo, rumor de triunfo, palabras de halago, alegría de vivir en el camarín de los grandes artistas, mientras llega hasta ellos el murmullo viviente de la sala. Pero cuando la sala queda vacía y el escenario a obscuras, y los artistas empiezan a retirarse después del espectáculo, los camarines, sobre los corredores en penumbra, comienzan a ponerse tristes, y un poco triste es la salida aun de las más grandes figuras de la escena, en medio del apogeo encandilante de su éxito. Y en esta media tarde en que he venido a ver a Ninon Vallin, terminado un breve ensayo, sin haber en todo el enorme recinto del Colón más que uno que otro maquinista, que deja caer pesadamente un decorado, también es triste, apagado, silencioso, el camarín de la "diva", que la noche antes he visto ovacionar en "Manon". Pero es que también es apagada, silenciosa, reconcentrada, sin ser esquiva, Ninon Vallin, y por eso su camarín no tiene la ruidosa resonancia de las noches en que lo recorría la Besanzoni, revolviendo ropas, temas, recuerdos, con la alegría de su temperamento desbordante, con la animación de su movimiento continuo. Los camarines se impregnan del alma del artista accidental que los habita como los camarotes de las preocupaciones del pasajero que viaja, y el momento proyecta sobre ellos el resplandor del espectáculo, que los invade con su eco, o la sombra de las horas pensativas del teatro vacío.

★★

Ninon Vallin, mujer, es todo lo más distinto que pueda imaginarse de Ninon Vallin "diva". Suele casi siempre ocurrir así. El público se imagina que la sonrisa perenne de la escena queda estereotipada en el semblante de los artistas, para todas las horas de su vida: que la vibración de los aplausos les mantiene siempre, tendido, el espíritu; que la alegría del éxito no se empaña con los pequeños sinsabores del mundo. Y, sin embargo, casi siempre es todo lo contrario. Pocos, contadísimos, son los artistas que conservan en su vida diaria su fisonomía escénica. Llegados a su camarín de vuelta del escenario, vibrando todavía en la sala el último eco de los últimos aplausos, al despojarse de la vestimenta del personaje, ya empiezan a dejar de ser artistas para sentirse seres corrientes, con los problemas, los sinsabores, las alegrías, los desengaños de todos los seres; y cuanto más se va limpiando la cara de las rayas del "maquillage", más va perdiendo el artista esa sonrisa cristalizada, que esgrime ante el público como una coraza. Esto es general, común, casi invariable en todos los grandes—y también los pequeños, pero de los pequeños no se ocupan más que los compañeros de su pobre categoría—artistas de la escena, lírica o dramática. Pero en pocos casos se presenta la transición de las tablas a la vida, la transformación de la artista en mujer, con tanta intensidad, con tan sorprendente contraste, como en Ninon Vallin. La Manon, que había visto la noche antes, fina, insinuante, coqueta, llena de gracia palaciega y de armonía francesa, la encontré, a la tarde siguiente, recostada en un pequeño sofá, sin mayor arreglo, sin pintarse casi, sin coquetería, conversando despreocupadamente de todos los temas y substituyendo al ademán pulido de la escena el gesto amplio, espontáneo, por momentos descuidado, que acompaña gráficamente la palabra. Es cierto que también la noche antes había visto a Thill, media hora después de dejar el vestuario romántico del caballero De Grieux, deportivamente enfundado en un "pull-over". Pero la transición de Ninon Vallin es mayor. Es física y espiritual, y es un contraste imprevisto en seguida del éxito amplio y halagador, encontrarla apática, desganada, indiferente, sin entusiasmo por ninguna de las blandas atracciones del mundo.

★★

Porque sólo de arte y de música me habla, con alguna animación, dentro del tono despreocupado. Al traer a colación su doble actividad de concertista y de cantante de ópera, y preguntarle en cuál de las dos pone más dedicación y más amor, Ninon Vallin me responde, más o menos, estas palabras:

—En las dos pongo lo mejor de mí misma, que es sin duda mi afición al canto, mi escuela, conseguida al cabo de tan pacientes estudios, y mi culto a la música, que es la razón de ser de mi vida. Pero es indudable que la labor de concertista, por sus mayores dificultades, debe considerarse como un esfuerzo más alto. Por lo mismo que el triunfo sobre las tablas es más fácil y hasta el público de ópera es más entusiasta, el trabajo de concierto representa un arte más puro. Y que requiere, a mi modo de ver, y sobre todo, una gran cultura, no sólo musical, sino general, histórica y literaria, que no requiere o que demanda en menor escala la actuación de la cantante de ópera. El concierto, para mi modo de ver, es la más completa y la más depurada expresión del canto. Lo que no quiere decir que piense consagrarme a él en absoluto, haciendo abandono de mis otras actividades escénicas. Al contrario. Como siempre he conciliado ambas cosas, y siempre las he cultivado simultáneamente, ofreciendo muchas veces en la misma ciudad y al mismo tiempo conciertos y representaciones de óperas, así pienso también seguirlo haciendo en el futuro, aceptando los contratos que para uno u otro trabajo me convengan económica y artísticamente.

Y Ninon Vallin reafirma:

—El concierto es mi culto; pero, mientras tenga voz, no abandonaré nunca la escena.

★★

Pero el tono de la conversación cambia al tocar impensadamente un tema: el casamiento de la artista. Como se sabe, Ninon Vallin se divorció hace alrededor de doce años. Al volver la vista al pasado, su semblante se nubla, su voz cambia, su tono se hace casi áspero, su ademán más resuelto, y luego dice, como espontáneo, incontenible comentario:

—No hablemos de cosas tristes.

Pero el recuerdo de algo que se dijo entonces obliga a la artista a desautorizarlo categóricamente. Se dijo, por ejemplo—y hasta se publicó con cierta insistencia—, que el marido había sido el maestro de canto, que había formado, artísticamente, a Ninon Vallin. Ante estas palabras la "diva" casi salta del pequeño sofá que la contiene, para decir con su tono más firme:

—Es el disparate más absurdo, es la mentira más grande. En primer lugar, cuando yo lo conocí y me casé, era ya una artista hecha, que había debutado, y con mucho éxito por cierto, en la Opera Cómica de París; y si no era, en razón de mi juventud y de que casi recién me iniciaba, una artista del renombre que adquirí después, era ya una cantante hecha, a la que, por lo tanto, ningún maestro podía formar, por la sencilla razón de que ya estaba formada.

Como ha dicho esto con cierta exaltación, la "diva" toma aliento y luego sigue:

—Y, en segundo lugar, tan importante o más
que el primero, mi ex marido
sor de canto que me formó,
de que no era ni pensaba en
maestro de canto.

Y ante el asombro que lee
más vigor aun:

—Sí, como Vd. lo oye. En
presario—y no de los más im
dor de temporadas líricas y
ciertos en París. Maestro de
es ahora. Después de haber s
que tiene muchas discípulas.
das de que pueden llegar a

Naturalmente, el tema p
Pero una pregunta al acaso—
casar?—determina que la "d
nión concluyente sobre el ma
tas en general, y de los artis
lar. Oidla:

—Me equivoqué una vez—
pero no me equivocaré dos. M
co, no sólo en la elección, sino
Porque las artistas no debe
Imaginémonos las diversas si
las diversas categorías de hom
demos casar. Primera división
sean artistas como nosotras.
dividen entre los que viven de
viven del sueldo de su mujer.
por razones obvias, y los otro
dignos como personas, son
como maridos, porque si se
actividades, están atados a u
su mujer anda de un lado a
do, lo cual, como matrimonio
tre; y si se van tras de la m
y su profesión y, en definit
tarda en convertirse en divor
de los maridos artistas, halla
des son igualmente insalvables
rior, marchará siempre a la
si tiene una posición equivale
tan grande y tan continua
poderse soportar, aunque se a
deben casarse nunca.

—¿Usted está decidida a n
le insisto a Ninon Vallin.

—Jamás.

—¿Ni con un tenor?

Y la mirada es tan fulmin
oír la respuesta.

★★

En vista de sus conviccio
le pregunto a Ninon Vallin
fuera de su arte, donde radica
ra de su canto, y qué piensa
todas, decida retirarse de las
último, me dice:

—En cuanto sienta que p
merezco, que no soy la art
retiraré. Es muy amarga tod

—¿A qué piensa dedicarse,
gunto.

—A nada.

—¿No dará clases de can

—No tengo la menor voc
za. Me retiraré, simplemente,
Hasta del mundo.

Entreveo por un momento
convento. Pero no. Ninon Va
El retiro es otro, es más im
gad, si no, por lo que ella n

—En cuanto deje de can
que debo retirarme definitiva
posesión en la campiña franc
resto de mis días. Cansada d
de grandes capitales y de gra
ro a otra cosa que a la man
siento, en lo más profundo d
mente campesina. Lo he sido
do en un pequeño pueblo, qu
el campo, en contacto perma
za. Volcarme en la naturaleza
por el campo y pensar solitar
placeres de mi adolescencia.
canto me volcaron en las gra
el canto y el mundo me deje
que ha sido mi primera y sie
Del mundo ya no me interesa

—¿Tal es su desilución?—

—No es desilusión — me
Ni menos desengaño. Es sim
Ya estoy cansada de todo. E
haré verdaderamente vida de
cuidaré huerto y fronda, cria
feliz entre mis animales.

—¿Y cómo ha tomado re

—Porque he vivido ya dem
bres.

OCTAVIO RAMIREZ

TIEMPOS DUROS PARA NUEVA YORK

POR JOSEPHINE CROWDER ENGBERG

Un grupo de obreros sin trabajo, en Nueva York, haciendo uso de los servicios del Ejército de Salvación, entidad que se encargó de suministrar a los desocupados sopa gratis y otros alimentos a precios especialmente rebajados

(Para LA NACION) NUEVA YORK, junio de 1931.

¿QUÉ interminable hilera gris es esa que serpentea en medio del tráfico y la alegría de Columbus Circle? Quien la ve por primera vez siente escalofríos por frívolo que sea, porque esa larga hilera fórmanla seres humanos que aguardan la taza de sopa o té caliente y los emparedados que reparten de noche los camiones neoyorquinos a todos los hambrientos de la ciudad.

¡Hambrientos! ¡Pero no de churrascos, pichones, ostras ni aun de menudos, sino de pan! Tan hambrientos, que pregonarían al mundo su miseria, con tal de conseguir algunos bocados.

Los transeúntes apiñados miran y se alejan aprisa... a cualquier parte para borrar de su memoria aquella hilera gris; pero el recuerdo persiste.

A la mañana siguiente, nuevos aportes aumentan los fondos de las muchas agencias urbanas de socorros, encargadas de auxiliar a los menesterosos, pues todos piensan y muchos dicen: "Nadie sabe quién será el próximo".

■■

Unas cuadras más allá, delante del Roxy, hay otra hilera, aguardando pagar para divertirse, aguardando entrar para ver la última película de Hollywood. Todo es allí abrigos de pieles, diamantes, risas.

—¿No es verdad—podríamos decirnos—que estas gentes deberían dar ese dinero a los hambrientos?

Muchos de ellos diéronles ya tanto o más y repetidas veces. Además, estos tiempos duros difieren de los otros en este aspecto: se estimula a la gente a que gaste en cuanto pueda.

A no ser por la hilera del Roxy, la de Columbus Circle sería mucho más larga. Los cien profesores de orquesta, los acomodadores, las bailarinas, aun ciertos actores de Hollywood formarían nuevas y crecientes hileras de hambrientos.

"Cada centavo gastado da pan a alguno", responden a nuestra protesta.

■■

Allá abajo, en East River, cargan un barco con implementos agrícolas y conservas para el Báltico. Arriba, al lado, encima, oscila la grúa y en las entrañas sombrías de la bodega se aloja otro tractor. El capataz de descargadores vocea órdenes en su tono habitual de autoridad. El barco debe zarpar a medianoche o se perderá el fletamento.

Pero, cuando zarpe el barco, ¿qué será del capataz y de su gente, en su mayoría marineros y oficiales desocupados? El dinero que reciban les alcanzará apenas para pocos días. Y no hay tantos barcos por cargar como antes.

Sin embargo, Nueva York cuidará de que no pasen hambre. Amarrado a un muelle desnudo está un buque viejo. Tal vez no pueda ya surcar los mares; pero su interior es abrigado y tibio y ofrece comida caliente y literas a los marinos hambrientos y desamparados. Está atestado, pero de cualquier modo, quien pisa su cubierta es atendido.

—Pase, viejo; creo que cabemos dos en mi litera—ofrece uno que ya está acomodado a otro a quien casi despiden.

Así, mecidos por las suaves olas de la rada, esos

cias a la ciudad) la vuelta del tiempo en que podrán medir su eficacia contra los siete mares.

■■

El café "Firenze", de Alice Foote McDougall, en la calle Cuarenta y Siete, frente a la Quinta Avenida, es un lugar agradable para almorzar o comer. Las luces suaves, la decoración copiada de la antigua Florencia, la comida excelente, la decencia y el aspecto culto de la gente que come allí, todo concurre a infundir ese sentimiento de bienestar tan decisivo para despertar el apetito.

Por ejemplo, esa chica ojinegra de la mesa del rincón. Más de un comensal la mira, la remira, y se sorprende mirando sus largos dedos delgados que manejan una tabaquera, contemplando su encantador rostro frívolo, mientras conversa con su adorador, inclinado hacia ella sobre la mesa.

¿Qué sabe del hambre y la desesperación de aquella hilera silenciosa que apenas se halla a pocas cuadras? Quizá sepa mucho, quizá poco. En todo caso, por cenar ella y sus iguales en el restaurante de Alice Foote McDougall comen muchos hambrientos.

Pues un camión que lleva el nombre de Alice Foote McDougall recorre diariamente ciertas calles neoyorquinas, repartiendo café caliente y emparedados a los menesterosos. Así comparte Mrs. McDougall las ganancias de los afortunados con los hambrientos y sedientos.

■■

Pero alimentos no es todo lo que la ciudad y sus habitantes más prósperos ofrecen a las víctimas de los malos tiempos.

Hace una semana, la policía repartió a los pobres de la enorme Nueva York carbón por valor de 50.000 pesos.

¡Qué peregrina hilera fué aquella! Un hombre llevó una cuna vacía. Otro un carrito portátil. Otro aun integraba la fila con un vagón de juguete, testigo mudo de tiempos en que no sólo tenía para carbón, sino para juguetes de sus hijos.

—Esta mañana quemamos nuestra última piedra —confesó a un vecino inmediato—. Los chicos se alegrarán, ciertamente, cuando llegue a casa con este vagón lleno.

El que llevaba la cuna no dijo palabra. Dirigió apenas una mirada suplicante al repartidor, mientras apiñaba ansiosamente el carbón dentro del mueble donde durmió un tiempo su nene. El encargado sonrió y le entregó otro saco lleno.

■■

Para Nueva York, la manzana se ha tornado un símbolo de amor fraternal. Papel diferentísimo del que jugó antaño en el Jardín del Edén, aunque en ambos casos, quizá fué vital.

Ignoro quién sugirió por vez primera la "manzana del desocupado"; pero la idea difundióse rápidamente, y ahora en todas las calles de Nueva York se ven cajas de manzanas, custodiadas pacientemente por un hombre, una mujer o un niño. Y aunque el transeúnte haya comprado una manzana en la esquina anterior y tenga los bolsillos llenos de manzanas—no pasará sin comprar, temeroso de la plegaria muda de esos ojos que le seguirán donde vaya.

—¡Manzanas a cinco centavos! ¡Una caja o dos diariamente librarán a un hombre de pedir limosna!

■■

En varios edificios públicos: orfelinatos, cárceles, reformatorios, en los parques públicos, en las calzadas de Long Island, hombres de rostros contraídos y ojos ansiosos trabajan. Trabajan tenaz, decididamente, más duramente que de costumbre. Para muchos de ellos ese trabajo significa la vida para sus familias, en vez de la muerte lenta por hambre, y, agradecidos, trabajan cuanto pueden en pago de la vida de sus seres amados.

Estos hombres trabajan tres días por semana a cinco dólares diarios, para la ciudad. ¿De dónde saca ésta dinero para pagarles? De un fondo de varios millones de dólares, reunido por subscripción popular entre los adinerados. Así, John D. Rockefeller, hijo, aportó un millón de dólares a ese fondo.

Se calcula en 68.970 los padres de familia menesterosa desocupados en esta ciudad. Ciertamente, los quince dólares semanales que ganan les significan la diferencia entre vivir y morir.

"Y mientras tal cosa signifiquen, hallaremos dinero para proporcionarles trabajo de cualquier modo", dice la ciudad. "¡Lo haremos! No habrá niños hambrientos en la ciudad que figura entre las más ricas del mundo. Los que tenemos pan lo comparti-